

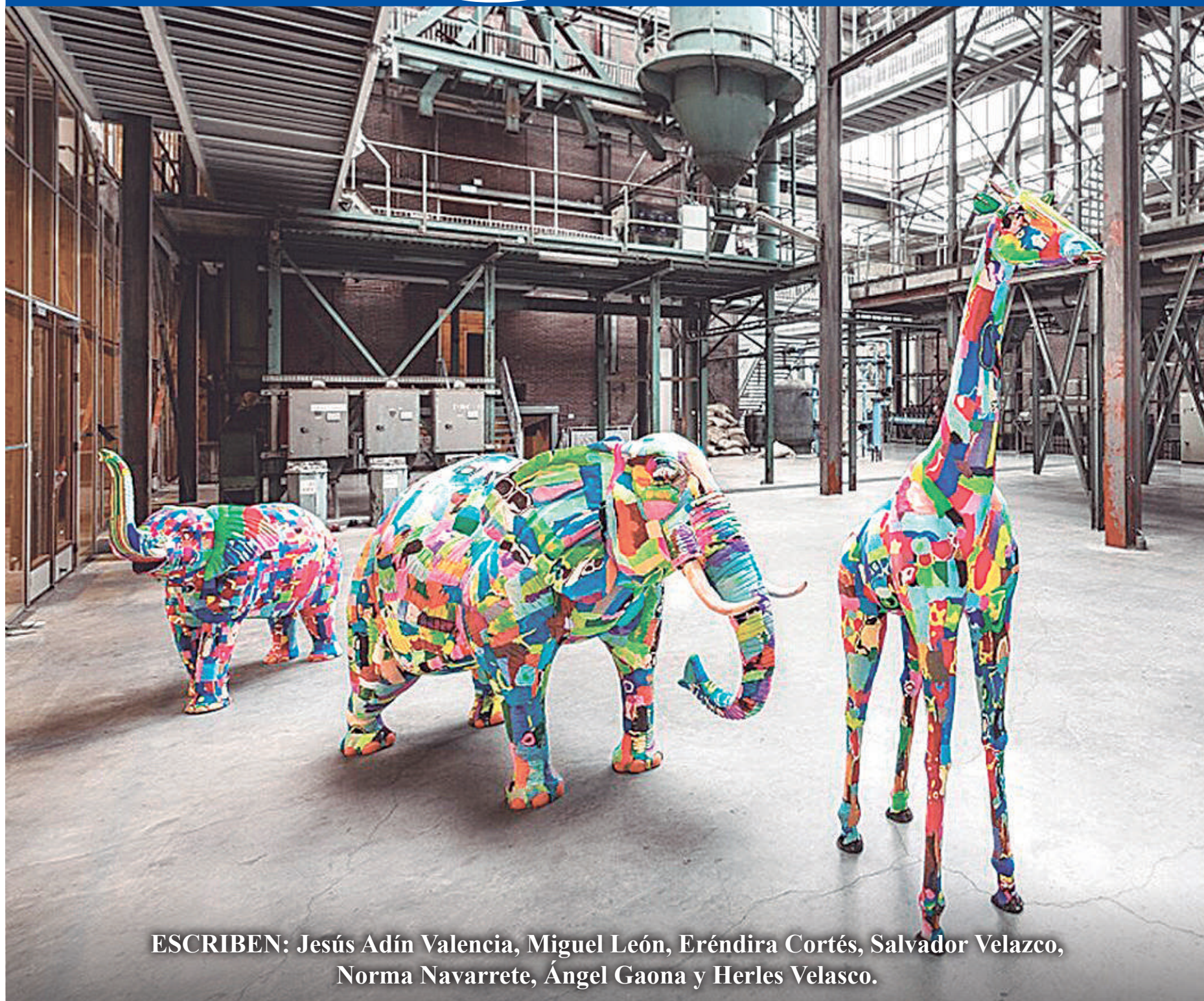
Ágora

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



2641

DOMINGO 16 DE MAYO DE 2021



ESCRIBEN: Jesús Adín Valencia, Miguel León, Eréndira Cortés, Salvador Velazco,
Norma Navarrete, Ángel Gaona y Herles Velasco.

Caja de resonancia casera

II/III

Jesús Adín Valencia*

¿MIEDO?

En un país donde se honra a la muerte ataviándola de colores y moldeándola de azúcar, donde se canta con embriaguez el nulo valor de la vida, ¿cómo reacciona el mexicano? *Covid-19 crece con el miedo*, campañas publicitarias alertan sobre ello.

Otras palabras clave vienen a sumarse: impaciencia, angustia, depresión, incertidumbre (de vivir al día), desempleo (en aumento), protocolo. El transcurso del tiempo pesa sobre nosotros y vuelca nuestro pensamiento a la catástrofe. Inmerso el mexicano en esta circunstancia difícil, decimos de manera coloquial que, le da vueltas al asunto, no razona los hechos, se hace ideas. Al mexicano no le *vale madre* la pandemia por creerse muy *chingón*, se sabe antítesis del Covid-19 sin aparentes roles de dominante y recesivo. El mexicano reconoce la amenaza. A veces duda.

Humanidad es antítesis de coronavirus, retroalimentamos existencia en un balance desigual conforme aumenta el número de contagios. Origen y evolución de las especies va midiéndose en función de la prevalencia de una u otra entidad.

¿Volveremos a la normalidad? Sí, cuando la supervivencia del más apto vuelva a reafirmarse. Esta deducción no debe entenderse en el término clásico todopoderoso del *Übermensch*, sino en la connotación original de selección natural, de adaptabilidad y capacidad de reacción a los embates del medio ambiente, nuestro planeta, al que hemos afectado y obligado a cambios drásticos.

Aunque sepamos que ciertos sectores rompen la cuarentena, que desdeñan tomar medidas precautorias, el riesgo es estimado. Se percibe un repunte en el comercio de gel antibacterial, cloro, aparatos sanitizadores, cubrebocas, caretas, guantes y demás; se sabe de muchas familias que desinfectan la suela de los zapatos antes de entrar a casa, y el mismo procedimiento es realizado con los víveres del mercado. *No podemos salir de casa sin regresar con la sensación de que ya traemos el virus en la ropa; vivimos sugestionados; lo peor es que ya no hayamos ni a quién creerle; no se escucha nada* (axiomático); *estamos en la nada* (el silencio) *esperando ¿qué? ¿Quién vendrá a avisarnos que ya todo pasó y darnos esperanza*, dice mi madre, Leticia Ramírez, vecina de la colonia Prados de la Villa, en Villa de Álvarez.

Muchas personas, como ella, sin importar el rango de edad, comparten la sensación de amenaza palpable, ya no de apatía, algo que recrudece en el aislamiento. Ante lo inédito de la pandemia, ya no es un sacrilegio literario aseverar que parece haber quedado en desuso la significación de *nadería* mexicana, de cara a la muerte. «La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente postula la intrascendencia del morir, sino la del vivir. Nuestras canciones, refranes, fiestas y reflexiones populares manifiestan de una manera inequívoca que la muerte no nos asusta porque *la vida nos ha curado de espantos*»¹.

Octavio Paz observó otra indiferencia a la de estos días, invariable apenas en determinadas coyunturas. Pudiera ser 1.- En la actitud del fanfarrón; 2.- Quien sigue creyendo que es cosa de los gobiernos para mantenernos encerrados; 3.- Cuando se aglomeran feligreses en torno a la fiesta patronal; 4.- En reuniones donde haya consumo de bebidas alcohólicas; 5.- De seguir el ejemplo a raíz de la declaración a la ligera emitida por un político contemporáneo.

Mientras la vida fluya en el contexto cotidiano, creyendo que todo está bien, inclusive de vuelta mediática a la inseguridad acostumbrada, de los sicarios, asesinatos en la calle, secuestros, feminicidios, que dicho de paso, siguen sucediendo, pareciera no necesitar el individuo común el punto para detenerse a pensar sobre nuestra existencia o cuál será la finalidad para estar vivos, el llamado *dasein*.

Ahora, la circunstancia difícil obliga al individuo a reflexionar sobre sí; es en estos periodos de crisis cuando tiende a revalorar y considerar la posibilidad de ausentarse de manera abrupta y definitiva, dejar de experimentar el mundo de los sentidos.

Emil Cioran tuvo una postura divergente a la del *mexicano chingón* delineado por

Paz. «Tener miedo es pensar continuamente en sí mismo y no poder imaginar un curso objetivo de las cosas. La sensación de lo terrible, la sensación de que todo ocurre contra uno, supone un mundo concebido sin peligros indiferentes»².

Las cifras generan ruido, miedo disonante. Según la decimoquinta encuesta nacional sobre coronavirus en México, realizada por Consulta Mitofsky del 15 al 17 de mayo, aumentó paulatinamente entre los mexicanos el miedo a morir, con un 62 por ciento registrado, el doble respecto al mes de marzo (35 por ciento). La decimosexta encuesta nacional, del 22 al 24 de mayo muestra un ascenso al 81 por ciento con temor a contagiarse, 67 por ciento a morir a causa de esta enfermedad³.

Al minuto (10:54 p.m. 31/05/2020), 9 mil 930 muertos por Covid-19 en México; en

Colima, la Secretaría de Salud reporta 154 casos positivos, de los cuales contabilizan 26 defunciones. En el mundo, la cifra fatal llega a más de 371 mil personas. De un minuto a otro los números progresan; parece insubstancial agregar gráficas o capturas de *tweets* oficiales, pierden vigencia.

Me es inevitable caer en el lugar común, debo decir: en verdad, son tiempos oscuros; adentro de una cueva inmensa que para algunos lleva la inscripción: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*⁴, pero la esperan-

za debe seguir dándole carga positiva a los días; cada lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, nos acerca más a la cura; hay una apuesta mundial mucho más competida en los laboratorios, que la carrera espacial en el auge de la guerra fría. La guerra actual es contra un enemigo invisible e insonoro.

¿Si el coronavirus pudiera verse? Esa pregunta la he visto en redes sociales, para describir la amenaza ocupante con efectos gráficos de video, moviéndose millones de bolas rojas puntiagudas, vibrantes en superficies contaminadas, a la espera de cumplir el ciclo biológico y penetrar en la próxima víctima. Tiene entre 80 y 220 nanómetros de diámetro; si pudiera verse, avanzaría como la décima plaga de Egipto con el *ángel de la muerte* transmutado en una niebla verduzca o rojiza, casa por casa. Si pudiera oírse, el choque de partículas sería ensordecedor, en frenético slam durante un infinito concierto de rock. De verlo u oírlo, Coronavirus sería una entidad *kaiju* en términos de cultura japonesa; o de la monadología donde cada unidad única, consciente e indivisible (Covid-19), integra el rompecabezas de una conciencia mayor, única e indivisible; *Coronavirus* sería titán, titánide, Kraken, Cthulhu, Leviatán. Contra la monstruosidad vivimos el trayecto del héroe.

INTRAMUROS

Las paredes oyen; entre cuatro paredes; entre la espada y la pared. La palabra pared es tajante de principio a fin, las líneas rectas de la p inicial y d final separan visual y fonéticamente el resto de las palabras. Véase el siguiente ambigrama.



Gráfico 1. Elaboración propia

En lenguaje arquitectónico, la palabra va enfocada a razones de estética y utilidad. El término pared también suele utilizarse como sinónimo de muro, tapia o muralla, según el contexto y ubicación en el mundo. En la construcción, con mayor frecuencia se le denomina muro; simboliza una división interior, ya sea sólo para separar espacios que el usuario habita o para cumplir una función estructural. Ahí es donde el muro se convierte en un elemento importante, es el esqueleto de la obra.

Recreémonos un poco. *Esa pared/ que no me deja verte/ debe caer por obras del amor.* Mientras Leo Dan cantaba esa canción a finales de los 70's, Pink Floyd hacía lo propio ladrillo por ladrillo, refiriéndose al adoctrinamiento dado por el sistema educativo: *All in all you're just another brick in the wall.*

Para realizar un muro divisorio, esa pared interior, se coloca dependiendo del gusto arquitectónico o a petición del usuario, pero si se trata de un elemento estructural, lleva una razón de ser no estética, sino funcional en base a un cálculo que determine *cargas vivas* y *cargas muertas* que habrá de soportar.

Una gran mayoría de casas-habitación en Colima son de interés social. En promedio, 50 o 60 m²; una grande, 140 m², aún así el tamaño es menor. Son espacios pequeños donde se ha comprobado, los niveles de violencia intrafamiliar aumentan por la tensión de hallarse en espacios angostos. Sumémosle el confinamiento forzado.

El muro es parte de todo el esqueleto y de lo que está compuesto, la pared es límite, divide espacios interiores y exteriores. En cuanto a lo fonético ya no de la estructura sino en términos de la palabra, Ferdinand de Saussure expone la naturaleza del significado y significante: «Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. La imagen acústica no es el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos; esa imagen es sensorial, y si llegamos a llamarla *material* es solamente en este sentido y por oposición al otro término de la asociación, el concepto, generalmente más abstracto»¹. Asimismo, puntualiza los fonemas donde p y d, *labial*, la primera, *dental*, la segunda, por sus cualidades de *abertura cero: oclusivas*, convenientemente, cerradas, de «oclusión hermética, aunque momentánea, de la cavidad bucal. No es ésta ocasión de examinar si el sonido se produce en el momento de cerramiento o en el de abertura; en realidad, puede producirse de las dos maneras»². La palabra es fuerte, implica impacto al decirla y escucharla. Pone una barrera. Es el todo homogéneo en la suma de sus partes, ladrillos, tabicones, cemento, cada célula que conforma un cuerpo.

Retumba el bajo en las bocinas, es el único destello de la canción ininteligible de moda, mezclada con el ruido de juegos mecánicos; está el vendedor de trastes y edredones: *a 100 pesos, no los oigo, quién lo quiere, señor, señora, ande, levante la mano, y si no le gusta, le doy este otro*; sirenas, música de la zona restaurantera, es el barullo clásico de la feria de Colima, aquella misma de Felipe Sevilla del Río, en 1954: *Fiestas de mi provincia que con deleite narro; / frente a mis ojos pasas desbordando alegría, / entre otoñales brisas y policromía/ risueña de rebozos y sombreros de charro*³.

Aunque las autoridades no se han pronunciado al respecto, pues esperan emitir la declaración oficial según el comportamiento de la pandemia, es muy probable que no se lleve a cabo la *Feria de Todos los Santos de Colima 2020*, en su edición número 83. Ya se ha cancelado en otras ocasiones, una de ellas fue a raíz al ciclón del '59.

Colindante a los terrenos de la feria, apenas a 21 metros que abarca la Av. Gonzalo de Sandoval, más 2 metros de banqueteta, se ubica el Centro de Reinserción Social (Cereso), lugar donde el día 12

de mayo se registró un motín e intento de fuga. Resultaron tres muertos, cinco lesionados. La Secretaría de Seguridad Pública del estado informó la posible razón del levantamiento: «[...] derivado de la inconformidad de las personas privadas de su libertad ante las restricciones que se han implementado en las visitas de sus familiares, en cumplimiento a las medidas recomendadas por la autoridad sanitaria para evitar propagación del virus que provoca el covid-19»⁴.

De los puntos de emisión brota el sonido que llega a superar los 90 decibeles. El viento ayuda a la propagación de las ondas. Acarrea consigo un ruido que los muros no detienen y entra de manera más fluida por la plazoleta del Cereso. Adentro hace una caja de resonancia.

Se intensifica de noche, es más fuerte. El sonido puede abrirse camino con mayor facilidad, al no haber agentes de interferencia. Los vientos dominantes de Colima van de norte a sur, es bien sabido, del volcán a la costa, y cambian de sur norte provenientes de las olas del mar, con el aumento de la marea. Se escucha el ambiente en las celdas; en las noches de feria, ha de acentuarse en el preso el suplicio de nostalgia por la libertad.

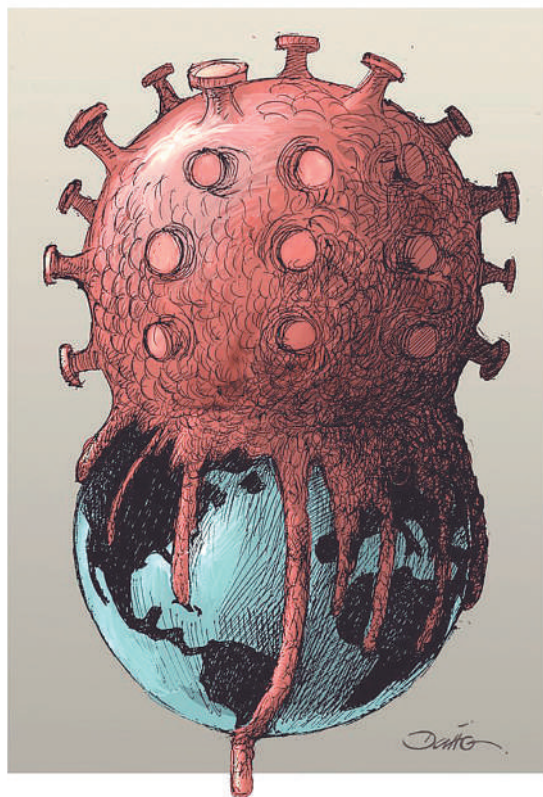
Puesto de lado el tópico de la feria y el efecto del ruido, el amotinamiento de los reos fue una evidencia del miedo, inestabilidad especulativa, y digámosle con todas sus letras, *locura*, porque existe adentro el miedo a la muerte por contagio masivo.

Hablando de *locura* y *encierro*, Michel Foucault vuelve a ser un referente necesario

en estos días. A mediados de los 60's planteó los efectos en el enclaustrado a partir de la edad media. En el capítulo «Stultifera Navis» en *Historia de la locura en la época clásica*, reflexiona anticipándose al horror del presente. Justo en esa parte, el ensayo dicta una serie de conjeturas mortificantes: «Hasta la segunda mitad del siglo XV, o un poco más, reina sólo el tema de la muerte. El fin del hombre y el fin de los tiempos aparecen bajo los rasgos de la peste y de las guerras. Lo que pende sobre la existencia humana es esta consumación y este orden al cual ninguno escapa. La presencia que amenaza desde el interior mismo del mundo, es una presencia descarnada»⁵. En el mismo apartado señala cómo se ha distraído el desarrollo de la humanidad, que ha enfocado su poderío sobre la expansión económica, *burlándose* a su vez, desde siempre, de la locura, no ocupándose de la *muerte seria*; esta situación se ha debatido ya en el colapso de los sistemas de salud, rebasados e incapaces de dar cobertura a los enfermos, al grado de valorar una vida sobre la otra. Comentaré al margen que, los profesionales de la salud, considerados héroes de la actualidad, cuando se sabe que los adultos mayores muestran la principal tendencia al contagio, pero el criterio gubernamental es darles prioridad a los jóvenes, entran en la disyuntiva de los límites de la muerte, a razonar en el seno de la bioética, una de las nuevas ramas de la filosofía.

A la gente no le gusta pensar en la muerte, lo vemos como algo lejano, nos negamos la realidad.

**El autor obtuvo el primer lugar por este ensayo, terminado el 31 de mayo de 2020.*



Si el coronavirus pudiera verse? Esa pregunta la he visto en redes sociales. para describir la amenaza ocupante con efectos gráficos de video. moviéndose millones de bolas rojas puntiagudas. vibrantes en superficies contaminadas. a la espera de cumplir el ciclo biológico y penetrar en la próxima víctima. Tiene entre 80 y 220 nanómetros de diámetro: si pudiera verse. avanzaría como la décima plaga de Egipto con el ángel de la muerte transmutado en una niebla verduzca o rojiza. casa por casa.

1.- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad* (1950), pág. 22.

2.- Cioran, E., *Breviario de la podredumbre* (1949), pág. 46 en versión electrónica descargable:

3.- Mitofsky <http://www.consulta.mx/index.php/encuestas-e-investigaciones>

4.- *Abandonad toda esperanza, quienes aquí entraréis* (Canto III, 9). Italia alcanzó el punto máximo de muertes por día, 6 mil 557 personas, el 21 de marzo, a cuatro días del *Dantedi* o Día Nacional de Dante.

5.- Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística General* (1945) pág. 91.

6.- *Idem*, pág. 71.

7.- Del soneto *Feria*, de Felipe Sevilla del Río. Poemas diversos (1954).

8.- <https://www.proceso.com.mx/629799/motin-colima>

9.- *Historia de la locura* [...] op cit. Pág. 14.



Hasta los tímpanos

Intersección

Eréndira Cortés

Vamos y venimos todo el tiempo. Ya entramos, ya salimos, volvemos a entrar y así. Como vagones del metro, nos convence la idea de llegar a nuestro destino. Olvidamos, pienso, que nuestros vagones se entrecruzan unos con otros a cada momento.

Esa mañana para variar, la prisa, carreras contra la impuntualidad, compras exprés para el inicio de la jornada: tortas de tamal, jugos curativos, energéticas; yo, en cambio, decidí comprarle a un niño una alegría. Iba retrasada y la estación lucía peor que un hormiguero. Impulsada por empujones de los otros, subí sintiéndome ya del otro lado, donde debiera estar a la hora adecuada, como si ya fuera un hecho, qué alivio.

Aunque usaba audífonos, a veces disfrutaba el sonido incidental del interior y observaba los personajes que abordaban en cada estación, unos recitaban productos que más de un pasajero podía necesitar, otros con una mochila a la espalda vendían a módico precio los hits del momento, y unos cuantos compartían su voz, tocaban algún instrumento u ofrecían algún espectáculo disparatado. Por fortuna chequé justo antes del retardo. El día se fue entre pendientes y me agarró la noche.

Tomé la línea 7. alcancé un asiento y me recargué contra el cristal. No habíamos pasado ni tres estaciones cuando el metro frena con brusquedad. como si nos dijera "Hoy se me antoja que no sea igual que siempre".

Sólo unas horas más para llegar a casa, pensé. Tomé la línea 7, alcancé un asiento y me recargué contra el cristal. No habíamos pasado ni tres estaciones cuando el metro frena con brusquedad, como si nos dijera "Hoy se me antoja que no sea igual que siempre". Estuvimos ahí un buen rato sin saber nada, no nos quedó más remedio que vernos a profundidad. Luego del silencio, cada fonema fue un solo murmullo lleno de preguntas sin respuestas.

Como la conversación no es mi fuerte, intenté elucubrar posibles motivos: ¿máquinas en reparación, maquinistas en huelga, problemas técnicos? De pronto un chasquido y vi pasar por el otro andén un enjambre de caras sin rostro, como estrellas fugaces. El metro se puso en marcha, otra vez nos volvimos ignotos, los cuerpos recobraron su anonimato y tan pronto como salí los borré de mi memoria.

Sólo quería llegar a casa para repetir el ciclo al día siguiente, o quizá no, ya no más. Entré al departamento con letargo. Mientras revisaba el *face* supe lo ocurrido con la Línea 12. No pude conciliar el sueño y desde entonces me pregunto ¿qué hace a los vagones arribar sin contratiempo a la otra orilla?, ¿será la misma fuerza que nos hace abrir los ojos cada día hasta el último día?



Bienvenida

Miguel Ángel León Govea

Hace tiempo que el mar es tu voz
y yo he llegado a tierra triste
para escarbar un tesoro inexistente.
Suced que lentamente
mueren en mí los puntos cardinales,
los recuerdos son un mapa antiguo
interesante e inservible
para encontrarte.

No sé en dónde estás, sucede.

En el canto de los mirlos titilan sólo ecos,
y nuestras pupilas tiritan
hincadas sobre la sal.

Creo en tu presencia como olas
que golpearán eternamente
mi cuerpo, arena de tiempo.
Creo en tu presencia
como un mundo relativo,
a una vía láctea de tocarte
en aquel beso que no existimos.

Pero en dónde estás, sucede.

Y es cierto, el cielo es sólo eso.

Bienvenida/

Archivo/Guardar como:

/a la nostalgia.



A las nueve en punto

Recordando a Selena

Salvador Velazco

Al inicio de 1995 me encontraba en la ciudad de Ann Arbor, Michigan, enfrascado en la revisión final de mi tesis doctoral. Desde 1991, año en que llegué a la Universidad de Michigan, había estado como aislado del mundo exterior, muy concentrado en los estudios de postgrado. Por ello, no sabía mucho de Selena Quintanilla Pérez, la cantante que se estaba consolidando como la reina de la música Tex-Mex por ese tiempo.

Nacida el 16 de abril de 1971 en Lake Jackson, Texas, Selena comenzó su carrera musical desde muy temprana edad como vocalista de la banda Selena y los Dinos. Poseedora de una voz grave y poderosa que también podía ser suave y aterciopelada, además de una gran presencia física en el escenario, la cantante se fue ganando poco a poco el favor de los latinos en Estados Unidos. Incluso, ya estaba haciendo el *crossover* hacia la audiencia anglosajona con algunas canciones en inglés, cuando llegó el fatídico 31 de marzo de 1995. Este día Selena fue asesinada por Yolanda Saldívar, la presidenta de su club de fans, en la ciudad de Corpus Christi. Estaba a pocos días de cumplir 24 años.

El día de la muerte de Selena no podría haber imaginado yo que en pocas semanas estaría visitando la tumba de la artista. Me explico. Es algo habitual para los estudiantes que se encuentran finalizando sus tesis doctorales en Estados Unidos probar suerte en el mercado laboral. Así que había enviado a varias universidades una solicitud de trabajo. Poco después del fallecimiento de Selena, la Universidad de Texas A&M en Corpus Christi me invitó a visitar el campus en calidad de candidato a un puesto de profesor de literatura latinoamericana. Recuerdo casi como una ensoñación el campus que está emplazado sobre la costa de la bahía de Corpus Christi, desde donde a lo lejos se puede vislumbrar el azul profundo del golfo de México. Durante tres días hice lo acostumbrado en estas visitas: di un par de conferencias y clases, me entrevisté con algunos profesores y estudiantes, y salí a conocer esa ciudad marítima cuya historia se remonta al siglo XVI, con la expedición del español Alonso Álvarez de Pineda.

El último día de mi estadía en Corpus Christi, uno de mis anfitriones, profesor de la universidad, pasó por mí al hotel para trasladarme al aeropuerto. Al subirme al automóvil, me dijo: "Quiero llevarte a un lugar muy especial. Será algo rápido y no perderás tu avión". Acto seguido, enfiló su coche rumbo al Seaside Memorial Park. Y, en cuestión de minutos, ya estábamos caminando entre los sepulcros de este cementerio, los dos en silencio. Nos detuvimos frente a una tumba muy sencilla que tenía una lápida de color negro con una inscripción de solo seis letras: "Selena". Mi anfitrión no podía ocultar el sentimiento de profundo dolor por la cantante enterrada apenas unas semanas atrás. Al verlo, me sentí muy conmovido. Creí entender que él como tejano de origen mexicano, al igual que Selena, quería establecer un vínculo emocional conmigo, un mexicano que había llegado a Estados Unidos para hacer un doctorado, y que no conocía realmente a la artista tejana. Frente a su tumba me pregunté: "¿Quién es Selena?"

Selena fue pionera del *boom* musical latino que explotó en la década de los noventa en Estados Unidos. La cantante maneó un amplio repertorio que incluía música tejana, baladas con mariachi, cumbias norteañas y canciones románticas en inglés. Desde el sur de Texas, Selena se convirtió en un fenómeno musical que logró abarcar mercados y públicos diversos. De ser una tejana-mexicana (una identidad regional) pasó a

ser una latina (una minoría nacional) que logró articular en Estados Unidos una suerte de 'latinidad' o, para usar el título del libro de Deborah Paredez, una 'selenidad' (*Selenidad: Selena, Latinos, and the Performance of Memory*. Durham and London: Duke University Press, 2009). Canciones como "No me queda más", "Amor prohibido", "Como la flor", "Bidi bidi bom bom", "Fotos y recuerdos", "Dreaming of You", "I Could Fall in Love", entre otras, empezaron a ser cantadas por las diferentes comunidades latinas del país (mexicanos, cubanos, puertorriqueños, colombianos, salvadoreños, etcétera). Incluso, sus canciones fueron populares en México y en Centroamérica.

La muerte de Selena en 1995 consolidó el fenómeno de la selenidad que ha sido a un tiempo una afirmación cultural y una lucrativa industria. Por una parte, desde la expresión colectiva de luto y duelo por Selena que comenzó con los miles de admiradores de todo el país que acudieron al sepelio en Corpus Christi, emergió su figura como un ícono cultural o modelo para las mujeres latinas que están luchando por realizar sus metas. Si Selena pudo conquistar un género musical principalmente masculino, el Tex-Mex, logrando récords de ventas, otras latinas pueden atreverse a cumplir sus sueños: ser artistas, abogadas, empresarias, educadoras, cineastas, doctoras, lo que sea. Su presencia impactó también un mayor uso público del español, como Selena lo hizo para interpretar las canciones de su padre.

Por otra parte, la selenidad ha representado todo un capital económico generado por la cantante a lo largo de su carrera y, especialmente, a raíz de su muerte: millones de discos vendidos, películas y documentales, ropa y accesorios diseñados por la propia artista, programas de televisión, obras de teatro, series en Netflix y Telemundo, libros, reportajes en revistas, sitios en el internet, murales, monumentos, museos, y una estrella en el paseo de la fama en Hollywood. Para seleccionar a la joven que interpretaría a Selena en la película que dirigió Gregory Nava (*Selena*, 1997), hubo audiciones en ciudades como Los Ángeles, Houston, Nueva York, Chicago, San Antonio y Miami. Más de 20 mil jóvenes se presentaron con la ilusión de quedarse con el papel, el cual finalmente recayó en Jennifer López, la artista boricua nacida en el barrio del Bronx en Nueva York. Desde luego, su representación de Selena la catapultó al estrellato. La película recuperó la inversión de 20 millones de dólares y tuvo un excelente margen de ganancias.

El pasado 16 de abril Selena habría cumplido 50 años. La recordé escuchando sus canciones, pero, sobre todo, reviví aquella tarde radiante en que visité su tumba en 1995 cuando apenas si la conocía. Desde hace varios años, la cantante forma parte del curso de estudios culturales que imparto en Claremont McKenna College. Más que ver la selenidad, como lo ha hecho la industria de Hollywood por mucho tiempo, a manera de un espacio en donde se presenta una homogeneización de los latinos, ignorando sus diferencias históricas y culturales; o estudiarla con un enfoque que destaque las luchas y divisiones internas, es decir, insistir en una conflictividad social que más bien tiende a dividir a la latinidad, lo que persigo al estudiar a Selena es algo distinto. Se trata de valorar y precisar las convergencias y similitudes entre los latinos que son producto de compartir experiencias de vida como grupos minoritarios en Estados Unidos. Ahora comprendo la razón por la que me llevó el profesor al cementerio: Selena era, es y siempre será un puente para entretejer lazos afectivos entre las diversas comunidades latinas que vivimos aquí.



Último concierto de Selena en el Astrodome de Houston, Texas. 26 de febrero de 1995.

Desde el sur de Texas, Selena se convirtió en un fenómeno musical que logró abarcar mercados y públicos diversos. De ser una tejana mexicana (una identidad regional) pasó a ser una latina (una minoría nacional) que logró articular en Estados Unidos una suerte de 'latinidad' o, para usar el título del libro de Deborah Paredez, una 'selenidad'.

De plástico reciclado

Una creativa bola de animales

Ágora

La voluntad y la creatividad son indispensables para cambiar el mundo, para ayudarlo y transformar lo negativo en positivo. El arte no es sólo un medio de vinculación con nuestro entorno natural, puede ser el conducto para rescatarlo. Ejemplo de ello es el trabajo artístico que iniciaron los habitantes de la Isla Kiwayuu, en Kenia, a partir de la iniciativa de un grupo conservacionista marino llamado Ocean Sole.

A la otra pandemia, la del plástico, los kenianos la combaten recolectando las miles de chancas que aparecen abandonadas en las playas, para convertirlas en coloridas piezas de arte. Y es que este litoral es el vertedero del Océano Índico, al que van a parar estos objetos provenientes de diferentes costas, por una combinación de corrientes de Oriente Medio, el sudeste asiático o Australia.

En Kiwayuu sólo hay una escuela y un pozo que los turistas usan como piscina de buceo para practicar el snorkeling, pero su principal actividad económica es la pesca. La creatividad viene de los niños, quienes ante la falta de juguetes convencionales, fabrican los propios con las sandalias viejas que se acumulan en las playas de la isla.

Ese hallazgo lo descubrió Julie Church, una bióloga keniana

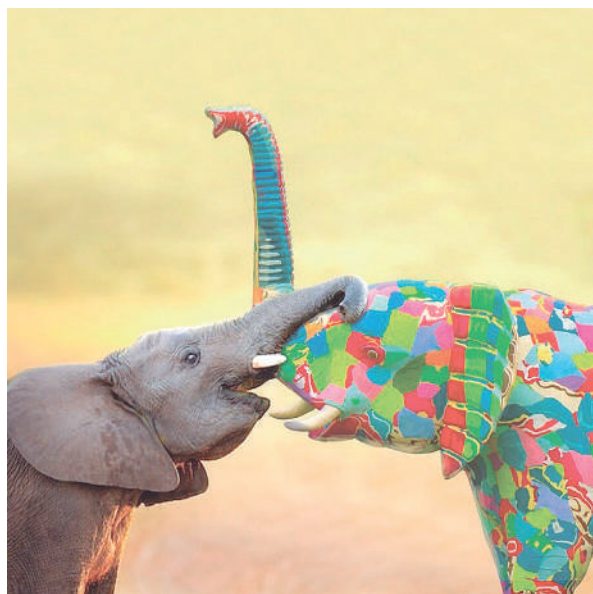
que en 1997 trabajaba en una reserva marina próxima a la frontera con Somalia. De ahí surgió la idea, la voluntad para empezar a luchar contra la proliferación de este residuo no biodegradable en las costas: convertirlo en arte.

Dos años después Julie Church funda Ocean Sole, con la oportunidad de crear empleos y limpiar el lugar en el proceso, animando a los residentes de Kiwayuu a recolectar, lavar y cortar viejas chancas convirtiéndolas en piezas artísticas. Este material de plástico, es el calzado más utilizado por los africanos de la costa oriental, por ser muy barato y por su costumbre de nadar con las sandalias puestas.

En el 2000, Ocean Sole vendió su primer lote de obras de arte en Nairobi. Poco después, WWF (Fondo Mundial para la Naturaleza) Suiza realizó un pedido de 15 mil tortugas recicladas. Para 2005, la noticia de lo que producían se había propagado y sus productos se encontraban en tiendas en Roma, Londres, Nueva York, París, Amsterdam, Singapur y Australia, y el número de empleados pasó de tres a cincuenta.

Actualmente Ocean Sole ha limpiado más de mil toneladas de chancas, y proporciona ingresos a 150 kenianos. También contribuye con más del 20 por ciento de sus ingresos a programas de conservación marina.

En el proceso artesanal intervienen unas 70 personas. la mayoría tallistas y escultores que ponen todo su arte en convertir calzado desechado en piezas apreciadas por los visitantes de zoos, acuarios o tiendas de juguetes en 20 países del mundo.



Tecnocultura

De los booktubers a los booktokers

Herles Velasco

Hemos sido pesimistas en los últimos años con respecto de los niveles de lectura no sólo en México sino en el mundo; por supuesto, siempre que nos comparamos vemos que caemos (en las gráficas) más rápido y contundente que otras naciones, pero pocos son los países, en las últimas dos décadas, que han aumentado, significativamente, el consumo de literatura. El ebook, sobre todo en los países llamados del primer mundo, dio un buen impulso a la lectura, que si bien no es el mismo que en sus mejores días, ha habido por lo menos cierto estancamiento en los promedios y números generales de ventas, con subiditas espontáneas; por supuesto que no hay que olvidar que cada año hay nuevos potenciales lectores, por lo que si bien las estadísticas llegan a subir un poco, no es proporcional a aquella otra situación.

Nos hemos quejado de una generación (o dos: los millenials y la generación z) más desinteresada, en estos y otros temas, que las anteriores, y quizás no estamos siendo del todo justos. Lo cierto es que las nuevas generaciones están cambiando la industria editorial, no sólo en los formatos de consumo de libros, son cambios que involucran a todos los eslabones en la cadena de la industria, e incluso han inventado nuevos. Primero aparecieron los booktubers, jóvenes que daban sus impresiones, a través de canales de YouTube, de aquello que estaban leyendo. Se convirtió en un fenómeno y hoy son invitados a las grandes ferias literarias del mundo. A la par llegaron movimientos en Twitter, también promovidos sobre todo por las nuevas generaciones, que se

aventuraron no sólo a hablar de libros, sino a producir algo parecido a lo que llamamos literatura. En Instagram nació el bookstagram para promover libros a partir de imágenes; instagramers y youtubers se han convertido en las nuevas agencias de publicidad de las editoriales y ahí es donde se invierte hoy. Qué decir de ciertos premios literarios (usted sabe cuáles) que hoy miran el número de seguidores de un prospecto de autor publicable.

Hoy los ojos de la industria miran a TikTok, red social heredera de Vine, famosas por difundir mensajes efímeros de no más de un minuto; ahí se están alojando los booktokers, que en mensajes de 15 segundos pueden posicionar un libro en los primeros lugares de ventas; ya pasó con el libro *La canción de Aquiles*, de 2012, que después de un TikTok (y de estar en el olvido) hoy vende 10 mil copias semanales, nueve veces más que cuando se publicó.

Lo mismo pasó con *Éramos mentirosos*, de E. Lockhart (2014); la autora no se explicaba por qué su libro se convirtió de pronto en uno de los más vendidos, un TikTok fue el causante. Un ejemplo más serio todavía: Random House Children's Books ha anunciado una colaboración con un centenar de usuarios de la plataforma.

¿Será esta generación la que impulse de manera definitiva a la industria editorial y en consecuencia al número de lectores? Es la primera vez, en muchos años, que creo que es muy posible que suceda, y que, con todo lo bueno y malo del asunto, la balanza se incline hacia lo positivo.

herles@escueladeescritoresdemexico.com



La Niña de Cuyutlán II

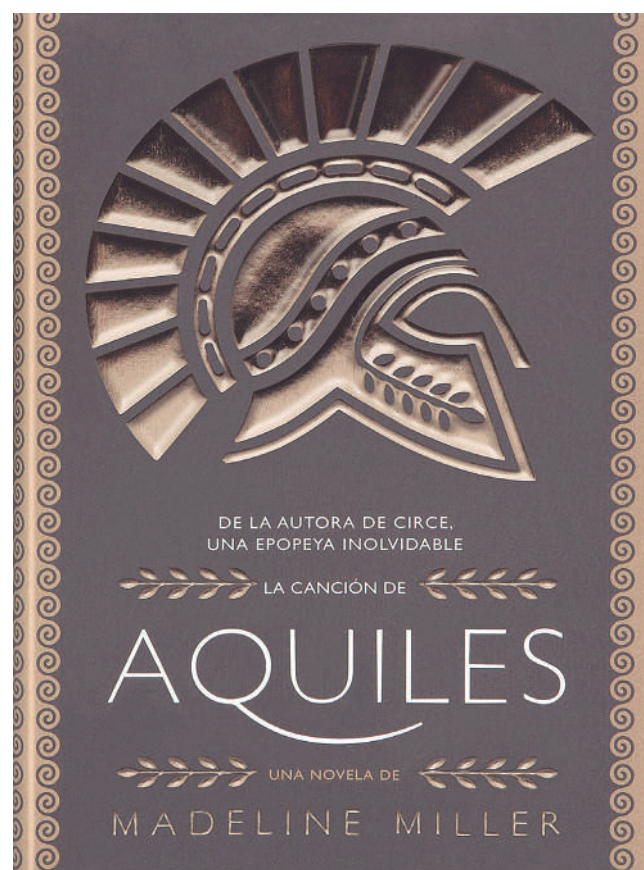
Ángel Gaona

Al exponerle a Arturo los motivos por los que esa fotografía debía ser debidamente protegida para su preservación, él, amante y coleccionista de arte, quiso colaborar con la causa, obsequiando su trabajo de enmarcador, sobre todo al saber quién la había tomado y para quién estaba destinada.

Dio la casualidad que el Día del Niño fuera el que elegí para trasladarme al pueblo de Cuyutlán, uno de los más emblemáticos de la costa de Colima. Me dirigí a la lonchería donde Adam Wiseman había capturado la imagen de la niña; en su lugar, hoy se halla establecido un "ciber". Mayte, la empleada adolescente del lugar, me dio los primeros indicios para localizar a Kimberly.

Preguntando por aquí y por allá, la encontré sentadita en el suelo de un quiosco con venta de artesanías, propiedad de sus papás: Guillermo y Francisca, cerquita del malecón y las enramadas de la playa, donde un mar abierto recala sus olas en las arenas del balneario. Tradición por antonomasia de la costa nativa de Don Balbino Dávalos y del Caco Ceballos, entre otros que le dedicaron relatos y poemas al pueblo devastado por una gigantesca ola verde, la del tsunami de 1932.

Su reacción fue el mejor de los incentivos. Al reconocerse en la imagen captada por Wiseman, se iluminó su carita. Nada más genuino que la sonrisa de un niño, niña en este caso. Ahora, cursa ya el tercero de primaria. Le platicué que Adam me la mandó desde Londres. Al notar su expresión de duda, le expliqué que desde muy lejos, y que andando el tiempo vendrá a visitarla, aquí, al sitio donde visualizó en su lente, una composición excepcional, la de la Niña de Cuyutlán.



Resiliencia: sueño de niños

Norma Navarrete

Me sumo a los árboles, las ardillas y los pájaros.
El sol se cuela en la retama de hojas.

Atisbó el día, sigue la lluvia
de cabellos rubios de la parota.

Sigue mi mano alzada
en la cosecha de palabras:
unas de pelo azul,
otras con dientes de leche.

Llevo un listón blanco en el cabello, el día de hoy.
En nombre de la poesía
que no ha sido nombrada.

Las aves lo saben:
El cielo sostiene cada uno de los sueños
que giran entre sí.
Se toman de la mano
para enlazarse a nosotros.

Los sueños...
Amigos de todos colores.
Los sueños,
pendientes de cada uno,
dominan el pensamiento.

Los matices de los sueños
inspiran a un cuento para un niño
de cabello despeinado,
poeta en solitario.

¿También habrá poetas en compañía?
Sí, claro.
Acompañados de cada atardecer, dibujan
paisajes como fotografías y los comparten
con simpatía por Facebook.

Hay poetas que saben
Acompañarse del mar,
de los amigos ficticios y visten
los momentos de luz.

Como botarga infantil
animada con música inexistente
de cristal y conchas de mar.

Una vez, encontré un vendedor
en un puerto muy alegre,
“Vendo cortinas de conchas”, dijo.
Con el mar y una que otra gaviota,
pensé que, con el océano de fondo,
se trataría de una imagen que un día,
alisaría para destacar su figura cotidiana.

Transformada en algo más que un recuerdo.
Las conchas...
Cuando niños recogimos conchas de distinto color y forma,
quizá en una bolsa de plástico
conservamos ese tesoro, bañado de arena.

Oloroso a todos los encuentros
de infantes que se bañan felices en el mar,
contentos de verlo de primera vez.

De frente, en perfil, en foto.
Cada ocaso es un caracol de color candente.
La brisa es cada letra de un poema nuevo.
Callado, solo se siente y se inspira.

Llevar el mar en bolsa transparente,
es subir a una barca muy grande,
inacabable, muy amplia.

Nuestros sueños han divagado esta noche.
Se han convertido en mucha palabrería.
Atémosle un listón en cada cabello.

Para que sean un baile de esos,
conocido en el folclor del día a día.
Fresco, a pie descalzo, sobre arena tibia,
para suavizar al océano, del naufragio
de lo vivido y la espera sea menos.

Cuando mi amiga más sencilla,
duerme ahora con el aroma de mirasoles,
cerca de la ciudad y la tierra.
Lejos del sonido, ha cerrado sus ojos.

No más imágenes, sólo descansa.
con traje del sureste.
No subiremos juntas a la montaña,
a buscar más personas.

Cuando la vuelva a ver,
le compartiré este sueño,
dormido en pañuelo blanco,
en manos de niño;
que extiende su obsequio
y regala una perla imaginaria.

Me pregunto si estas palabras,
vagan por la noche y se van
por el aire para disolver los desencuentros:
la muerte de un amigo,
la separación de una familia,
o el crecimiento de un hijo adolescente.

Cerca de cumplir cincuenta años,
aún sigo en busca de la infancia
con estas palabras, y anoto cada sonido
mientras encierro mis ideas;
para que no se fuguen.

Las aseguro con fuerza,
como los nidos en los árboles
que oscilan entre la tormenta.

Y de pronto un día ya no están.
Sólo han dejado una silueta.
Ese puede ser mi paso,
pero mis letras serán para los pequeños,
que abren y cierran su imaginación
como una obra de teatro importante.

Se abre el telón, un capítulo más de resiliencia.
Pero ahora la palabra me ha permitido
vivir en un segundo piso, en mi anhelado
cuarto de azotea, donde me he reunido
con las ardillas y los pájaros.

Veo la copa de los árboles como alberca e imagen
que ondula y varía de color,
pintura abstracta de un principiante,
colocada en una mesa protegida: la vida.

Donde transcurre todo.
figuras de sol, sombra y tibieza.
11.44 p.m. Esa mala costumbre
de escribir la hora, me ha seguido
a partir de que casi, agoto mi tiempo.

Quién sabe si a lo lejos,
El tiempo vaya vestido de marino,
en busca de un faro, en mitad de la noche.

Respira el mar,
Las cosas diminutas son profundas.

El mar es la cosa más pequeña
que puedes llevar de repente
en el cuello, como un estandarte.
Pero nadie lo sabe:
solo el poeta.

Cada poeta con su mar.
Cada poeta con su palabra,
teje como araña.
No importa la hora,
ni la marca, el tamaño
o la hondura de su golpe.

¿Golpe?
Sólo es un funeral virtual.
Ataúd blanco y rosas.
No hay adiós.